

Me fui por entre las piedras. Seco. Expectante. A la espera de ser hablado. Tenía silencio de nube, estaba descalzo y apenas me tenía en pie. Pasé a Vale y a Dani. Tenía miedo de no estar solo.

*Hola... zapatos de niña traviesa con hermanos como cabras. Zapaticos negros que hacen berrinches si los dejo solos. Sus lágrimas salieron por los grifos. Grifos de lágrimas. Grifos berrinche.*

Tengo los zapatos delante. Esta es mi mamá. Se las presento. Siento que tiene pena. Que tiene un uniforme de colegio. Que tuvo siempre buenas notas. Que es juiciosa y tal vez sabe que tiene los zapatos sucios y le gusta tenerlos así.

*Me da miedo hablarte. No sé qué decir. Hola... bienvenida. Hace mucho no hablamos. Tengo miedo. Y tristeza. Me pides que te aplaudan. Quieres un aplauso... ¿Cómo? ¿Así?*

Este aplauso es como un llanto que se me riega por entre las manos.

Necesito limpiarte. De tu dolor. De tu sufrimiento. Tu agonía. Quiero limpiar tu recuerdo de tu dolor. Recordarte limpia de tu agonía. Necesito poder limpiar tu recuerdo.

Esto no es un proceso de creación. Es un proceso de escucha. Escuchar el murmullo que habla. La presencia de mi madre. Mi mamá llega en imágenes que caen soltadas por un *daemon* en mí. Escucho y hago. Soy medio de sus acciones, de lo que ella tiene que realizar para sanar su compañía. No es la voz que dice. Es la que se oye. El rumor entre los zapatos.

Recuerdo la ruptura del llamado. La necesidad de ser escuchado. Agujerear montañas. Ligero. La picardía de los textos. La vulnerabilidad frente a la ventana. La voluntad de quebrar raíces, de afirmarse en la diferencia. La inmovilidad. El llanto, el dolor, la compañía.

La infinita compañía.